

El Valor del Alma

Un sermón basado en Mateo 16:26

Por Rev G. Burder

Lectura Bíblica: Mateo 16:13-28

Introducción

Queridos amigos, la porción de la Palabra de Dios que vamos a considerar hoy se encuentra en Mateo 16, versículo 26, donde leemos la Palabra de Dios: *“Porque, ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?”*

Congregación, no conozco palabras más importantes en toda la Biblia que las palabras de este versículo. Si estas palabras fueran consideradas correctamente, ¡cuán religioso sería el mundo! El menosprecio de estas palabras es lo que hace que el mundo sea el lugar de pecado y locura que vemos.

Para comprender la magnitud e importancia de estas palabras, es necesario recordar Quién las dijo. Son las palabras de Jesucristo, Dios encarnado, el Creador del mundo. ¿Quién puede determinar que el alma vale más que todo el mundo más que Él que ha creado ambos? Él hizo el alma, y Él hizo el mundo; de hecho, el precio que Él pagó por la redención del alma fue Su propia sangre preciosa. Seguramente, entonces, Él sabía el valor del alma. Amigo mío, considera estas palabras como llenas de verdad, y de una verdad que es de suma importancia para ti. Oh, ¡qué Él que primeramente habló estas palabras a Sus discípulos ahora nos las hable a nuestro corazón por el poder de Su Espíritu!

Congregación, hoy vamos a hablar sobre ***el valor del alma***, y hay tres pensamientos principales en los cuales nos vamos a enfocar:

- 1. Cada persona tiene un alma de gran valor;**
- 2. Existe la posibilidad, es más, existe el peligro de perder el alma; y**
- 3. Todo el mundo no puede reemplazar la pérdida del ama.**

PRIMER PENSAMIENTO

Queridos amigos, la naturaleza del alma humana todavía se conoce imperfectamente. Dios no nos ha dicho tanto acerca del alma como para satisfacer nuestra curiosidad, sino que nos ha dicho lo suficiente para ayudarnos en la fe. Solamente de las Escrituras podemos aprender algo acerca del alma, y ahí encontramos que es algo distinto del cuerpo. El alma es una sustancia inmortal, y puede vivir separada del cuerpo en otro mundo. Esto se hace manifiesto en Mateo 10:28, cuando el Señor Jesucristo dice a Sus discípulos: *“No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”*. De la misma manera, aprendemos de la parábola

del rico y Lázaro que el alma del rico fue atormentado en el infierno mientras su cuerpo estaba enterrado en la tierra. Jesucristo le prometió al ladrón de la cruz que estaría con Él en el Paraíso el mismo día, aunque sabemos que el cuerpo de Jesús fue puesto en la tumba ese día. La Biblia nos dice que Judas se fue “...a su propio lugar” (Hechos 1:25), que seguramente fue el infierno, pero su cuerpo maldito yacía en la tierra. El apóstol Pablo nos declara que la muerte le sería ganancia, porque estaría “ausente del cuerpo y presente al Señor” (2 Co. 5:8). Aunque era útil en la Iglesia y estaba conforme con servir así, tenía el “...deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil. 1:23).

Ahora bien, el alma es de tremendo valor, y se puede comprobar esto de las siguientes consideraciones:

1. Su *origen*: el alma procedió directamente de Dios. Se lee algo singular acerca de la creación del hombre en Génesis 1:26: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”. Ciertamente fue el alma del hombre, y no su cuerpo terrenal, que llevaba la semejanza divina.

2. Consideren el *poder* grande y noble del alma. Cuando estos poderes son aumentados a través del aprendizaje, ¡cuánto el astrónomo puede investigar, medir y hasta describir los cuerpos celestiales y revelar los misterios de la naturaleza! ¡Con cuánta destreza el mecánico elabora diferentes implementos y máquinas para los propósitos de la vida! El granjero cultiva y aprovecha de la tierra, así produciendo el grano fructífero. Los diseñadores de varias clases nos proveen de artículos de ropa y muebles tanto útiles como ornamentales, mientras el académico, como la abeja trabajadora, recopila la sabiduría de todos los lugares y tiempos. Y, lo que es mucho más aún, por la gracia divina, el alma puede conocer a Dios, al ser renovada por Su santa imagen, para así servirle gozosamente y disfrutar de Su presencia para siempre en el mundo venidero.

3. Consideren también el valor del alma al pensar en el *precio* asombroso que fue pagado por su redención. “Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo” (1ª de Pedro 1:18, 19). Miles de corderos o diez mil ríos de aceite jamás habrían sido suficientes para pagar el precio; nada aparte de la sangre de Cristo pudo expiar el pecado. Sin lugar a duda, el precio del rescate del alma habla mucho sobre su valor infinito. Oh, ¡qué aprendamos a valorar nuestra alma!

4. Consideren también la *contención entre el cielo y el infierno* por el alma del hombre. Desde el cielo nos vienen las invitaciones de venir a Dios. Jesucristo vino a la tierra con el fin de mostrarnos el camino; es más, para mostrarnos que Él es el Camino. Los ministros del Evangelio “velan” por las almas; para hacer esto, estudian, oran, viajan y trabajan, con el fin de salvar de las llamas devoradoras a las almas que perecen. Los ministros predicán la Palabra, instando “a tiempo y fuera del tiempo” (2 Ti. 4:2), y con Pablo dicen: “A todos me he hecho todo, para que de todos modos salve a algunos” (1 Co. 9:22).

Querido amigo, tus amigos íntimos, tu familia y tu prójimo desean tu conversión; a tal fin oran por ti, te hablan y te prestan libros. Es más, los ángeles de Dios anhelan ser los portadores de las buenas noticias, que hay pecadores en la tierra que se arrepienten.

Por otro lado, es el trabajo del diablo tentar y destruir al alma del hombre. Como una serpiente sutil, trata de asechar o engañar, o como león rugiente anda buscando a quién devorar. Le gustaría mucho seducirte a pecar por el amor a los placeres, o hacerte menospreciar tu salvación por el amor al negocio. ¿Cuál es el motivo de que haya tanta oposición a la predicación del Evangelio, y que tantas tormentas de persecución se levantan en contra de ello? Satanás tiene miedo de perder su presa. Él sabe que el Evangelio es “*poder de Dios para salvación*” (Ro. 1:16), y por tanto él desea impedir que lo escuche el hombre, a no ser que “*...se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios*” (Hch. 26:18). Aprendan, entonces, el valor de su alma por la lucha que hay entre el cielo y el infierno para conseguirla, y digan si prefieren agradar a los ángeles o al diablo.

5. Sobre todo, consideren el valor inmenso del alma al reflexionar en la *eternidad* de gozo o tormenta que lo espera. Pronto cada uno de nosotros moriremos, y comenzaremos un estado que no tendrá fin jamás. Esta vida presente es solamente como el tiempo de la siembra para la eternidad, y “*...todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*” (Gál. 6:7), y “*El que sembrare iniquidad, iniquidad segará*” (Prov. 22:8). “*El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna*” (Gá. 6:8). Cuando consideramos la duración eterna del alma, la felicidad o miseria de un pecador salvo o condenado será mucho más grande que toda la felicidad o miseria temporal de todos los habitantes de nuestro país por cien años. La eternidad sella un valor infinito en el alma, y esto es el motivo de la comparación que se hace en nuestro texto entre una sola alma y el mundo entero, y la pregunta que se plantea: “*¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?*” La expresión “ganare” (que antes era “granjeare” en la Biblia en español originalmente) hace referencia a las costumbres en aquellos tiempos en ciertos países que no usaban dinero, sino que cambiaban cosas entre sí; ahora, ¿qué dará el hombre por su alma? ¿Se puede ofrecer algo del mismo valor? De ninguna manera, porque todo lo que es de este mundo es temporal, pero el alma del hombre es eterna. ¡Cuán terrible, entonces, es la pérdida del alma! Esto nos lleva a nuestro segundo pensamiento, que **existe la posibilidad, es más, existe el peligro de perder el alma.**

SEGUNDO PENSAMIENTO

El alma del hombre no puede perderse por dejar de existir, pues ya que es inmortal, es imposible dejar de existir. Oh, ¡cuán alegre un alma condena sería al poder dejar de existir si fuera posible! Sin embargo, un alma perdida ha perdido toda la felicidad en esta vida y la vida venidera. Perder el alma es perder todos los placeres presentes de la religión, la consolación que está en Cristo, el consuelo del amor, la paz

que sobrepasa todo entendimiento, y el gozo del Espíritu Santo, que es inexpressable y lleno de gloria. Digan lo que digan Satanás y el mundo, sabemos ciertamente que el único hombre realmente feliz es el hombre realmente religioso. Por lo tanto, el que vive sin religión vive sin la verdadera felicidad de la vida, y aunque puede ser que pretenda desafiar el peligro que le espera, su consciencia le hablará a veces, y en medio de toda su locura y pecado le dirá: “¿Qué te aprovechará todo esto si al final pierdes tu alma?”

Oh, ¡quién puede contar el significado tan terrible de la palabra “perdido” cuando tiene que ver que el mundo venidero y eterno! Recuerdo que hace unos años, un niño fue enviado a comprar algo durante una noche fría del invierno. Le sobrevino una tormenta de nieve tan grave de modo que el niño se perdió en el camino, y andando por varias horas en esa condición, se dio cuenta de que estaba a punto de morir en la tormenta. Alrededor de la medianoche, un hombre del barrio escuchó un sonido fuera de la casa, pero no pudo distinguir lo que fue hasta abrir su ventana, y entonces escuchó lejos una voz que gritaba de una manera dolorosa: “¡Perdido; perdido!” El pobre niño seguía llorando así, con la esperanza de que alguien lo escuchara. El hombre envió a algunas personas a buscarlo, y fue encontrado y vivió. Qué dicha que este niño haya reconocido su peligro y que haya clamado por ayuda, y que su voz fuera escuchada. Así de dichoso, y mucho más, sería para nosotros si reconocemos el valor de nuestra alma y el peligro de perderla en el infierno, y si clamamos ahora por misericordia a aquel “Amigo de pecadores”, el gran Redentor que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Por otro lado, si menospreciamos este gran peligro, nuestra alma será perdida sin esperanza y para siempre. Él que ahora es el Salvador pronto se convertirá en el Juez, y Él ha declarado claramente las características de los impíos, a los cuales dirá: “Estos entrarán en el castigo eterno”. ¡Qué palabras más horribles: castigo eterno! Él les dirá: *“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”*. (Mt. 25:41). Hace unos años, hubo un señor que antes había sido miembro del Parlamento, y había sido gran orador, estimado muy en alto. Pero había menospreciado su alma y religión, y en su lecho de muerto clamaba: “¡Perdido, perdido! ¡Mi alma está perdido para siempre!”

Ahora bien, queridos amigos, ¿desean escapar de este fin terrible? Entonces consideremos seriamente el *peligro* de perder nuestra alma. La Palabra de Dios declara en muchos lugares que existe el peligro de perder el alma para siempre. Recuerden lo que Cristo dijo: *“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entrarán por ella”* (Mt. 7:13). ¿Acaso no existe un peligro? Consideramos lo que escribió el Salmista: *“Los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios”* (Salmos 9:17). La Palabra de Dios nos dice cuáles son estos “malos”; miremos la lista en 1 Corintios 6:9-10: *“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; no los fornicarios, ni los idólatras, no los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, no los maldicientes, ni los estafadores heredarán el reino de Dios”*. Revisen esta lista negra una vez más, y si

encuentran su nombre allí, reconózcanlo. Tiemblen al pensar cómo sería estar prohibido entrar en el reino de Dios y así perder su propia alma. Y luego díganme: ¿Vale la pena perder su alma por cualquier de estos placeres y prácticas pecaminosas? ¿Será que tú, con los ojos abiertos, cambiarás tu alma por uno de estos pecados?

Todas las personas no arrepentidas, todas las personas no salvas, todas las personas no regeneradas, y todos los que menosprecian el Evangelio perderán su alma. Mencionaré los capítulos donde se nos declaran esto sobre los no arrepentidos: Lucas 13:3: “*Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*”. En Mateo 18:3 leemos acerca de los que no son salvos: “*De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*”. En Juan 3:3 leemos acerca de aquellos que no han nacido de nuevo: “*De cierto, de cierto os digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*”. Leemos acerca de los que menosprecian el Evangelio en Hebreos 2:3: “*¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?*” ¿Cómo podemos esperar, en nuestras consciencias, evitar la condenación de nuestros pecados, si por descuido e incredulidad rechazamos o menospreciamos el Evangelio que trae salvación a pecadores perdidos? Leemos en 2 Corintios 4:3: “*Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto*”. El Evangelio es una luz gloriosa y lleva a los pecadores a la salvación, pero si está *encubierto*, y si no se recibe por las mentes que lo reciben por causa del velo de ignorancia y ceguera que permanece en su corazón, esto es una prueba de que aún están en el estado perdido y arruinado en el cual se metieron en la caída en el Paraíso. Si mueren en ese estado, estarán perdidos para siempre. El apóstol añade las palabras: “*En los cuales el dios de este siglo* (es decir, el diablo) *cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo*” (v. 4). Si los que tienen el Evangelio se pierden, no es la culpa del Evangelio, sino que es por causa de la ceguera voluntaria del hombre, y las ventajas que toma Satanás para mantenerlos en el camino que va al infierno. El Pastor Juan Flavel ilustra este triste estado natural del hombre con la siguiente analogía: Imagínense que hubiera un gran número de hombres ciegos en una isla, en la cual había varios caminos que llevaban a la cima de una precipicio al lado del mar, y que estos hombres siguen andando en uno de los varios caminos, todos de los cuales llevan a la perdición por caer del precipicio. Si todos estos hombres siguen adelante, en fin cada uno de ellos morirá, no habrá nadie más en la isla, y los habitantes estarán ahogados en lo profundo del mar. Esto es el caso con el hombre carnal; todos están en este mundo habitable, con el mar de la eternidad alrededor. Hay muchos caminos que llevan a la miseria eterna, y cada hombre anda en su propio camino. Uno anda en el camino de la borrachera, el otro anda el camino de la maldición, otro anda en el camino de concupiscencia, otro en el camino del orgullo, y aún otro en el camino de la avaricia. Por naturaleza, cada uno sigue adelante, ni una vez pensando en su destino, hasta que el momento de la muerte, ahí van, cayendo sobre el precipicio hacia la eternidad, y no escuchamos más de ellos en este mundo. Así una generación de pecadores sigue a

otro, y aquellos que siguen aplaudan a los miserables que eran sus antepasados. Así es que se llena el infierno, y los habitantes del mundo van cayendo en ello cada día más.

Con esto, es muy claro que el alma puede perderse, y aún más, que existe el gran peligro de perderse. ¿Por qué otro motivo vino el Hijo de Dios desde el cielo? ¿Por qué nos ha enviado Su Evangelio? ¿Por qué los ministros de Cristo claman “a voz en cuello y no se detienen”? (Is. 58:1) ¿Por qué los pastores advierten a cada persona y enseñan al hombre, sino para convencer a los pecadores de su peligro, y así prevenir que pierdan su alma?

Ahora, en nuestro tercer pensamiento, vamos a ver que **todo el mundo no puede reemplazar la pérdida del ama.**

TERCER PENSAMIENTO

“¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? Esto no significa que es posible que una persona gane o conquiste todo el mundo, pues ninguna persona jamás aún ha *visto* todo el mundo, y la vida sería demasiado corto para eso. Lo que significa esta frase, “ganare todo el mundo”, es ganar todas las riquezas, los honores, los deleites y los placeres posibles que puede disfrutar el hombre. Significa tener todo deseo cumplido y todo sentimiento gratificado. Quiere decir dar gusto completamente a “...los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1ª de Juan 2:16). “Ganar todo el mundo” significa tener todos los lujos de la comida, los encantos de la música del mundo, todas las elegancias de un palacio noble, todo lo que puede gratificar los sentidos del olfato y del tacto; tener todos los placeres de la imaginación con toda grandeza y belleza. Ahora bien, supongamos que alguien haya obtenido todo esto: sí, ¡Salomón consiguió todo esto! Y, ¿qué pobre llegó a ser todo esto para él? Como él mismo nos dice: “*Todo aquello es vanidad y aflicción del espíritu*” (Eclesiastés 1:14).

Y, ¿es esto lo que el hombre quiere tener, poniendo a riesgo su alma? ¡Qué cambio más miserable! ¿Fue Esaú sabio, quien vendió su primogenitura por una comida? ¿Fue Judas sabio, quien vendió a Su Maestro y a su propia alma por treinta piezas de plata? Y así es el hombre mundano, quien se aparta del camino que va al cielo para los placeres pasajeros de este mundo. Recuerdo que leí una vez acerca de una mujer cuya casa se encendió. Se apresuró para sacar todos sus bienes, pero se olvidó de su bebé que dormía en la cuna. De repente se acordó del niño y corrió lo más rápido posible para salvarlo. Pero era demasiado tarde, pues las llamas ya no la dejaron entrar en la casa. Imagínense su angustia cuando clamó: “¡Oh mi hijo, mi hijo! ¡He salvado mis bienes pero he perdido a mi hijo!” Así será el caso con muchos pecadores que pasaron esta vida afanados por muchas cosas, mientras que no se pensó en la única cosa necesaria. ¿Qué aprovechará al hombre decir: “Tuve una hermosa casa o un buen trabajo, pero perdí mi alma”? Él dirá: “Tuve muchos amigos, pero Dios es mi enemigo. Gané un buen sueldo, pero perdí mi

alma. Viví con muchos placeres, pero ahora el sufrimiento será mi porción eterna. Me vestía con hermosa ropa, pero ahora mi alma está desnuda ante Dios.”

Nuestro Señor Jesucristo habló sobre esta locura en la parábola del rico necio en Lucas 12:16. Su fortuna aumentaba mucho, y estaba a punto de construir más graneros. Luego iba a vivir una larga vida de ociosidad, lujo y diversión. “*Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?*” Otra vez, por el amor de las cosas del mundo, se olvidó del alma. Mientras pensaba que viviría muchos años, la muerte estaba cerca, y poco pensaba que dentro de pocas horas sus amigos estarían repartiendo sus bienes, los gusanos estarían comiendo su cuerpo, y los diablos estarían devorando su alma.

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del Salterio ¿?

APLICACIÓN PERSONAL

¿Es el alma de tanto valor? Si lo creemos, ¿vivimos así? ¿Son nuestros pensamientos y deseos principales sobre las cosas para el cuerpo o para las cosas del alma? Es cierto que las cosas de esta vida y el sostén de nuestras familias requieren de nuestro cuidado y trabajo diario. Sin embargo, Dios no ha puesto a ninguna persona en un estado de modo que no tenga nada de tiempo para su alma. Según Su mandamiento, un día entero, el Día del Señor, está designado para el cuidado del alma y la adoración de Dios. Cada persona, por más ocupado que esté, encuentra tiempo para comer y para conversación con otros durante los otros días. Si el corazón estuviera pensando en Dios como debería de ser, habría mucho tiempo para las cosas espirituales, sin que sufra en absoluto nuestros negocios temporales. Más bien, si se estimara la verdadera religión correctamente y si se buscara la bendición de Dios a través de la oración, los negocios de este mundo irían más fáciles y estaríamos más prósperos. Pero si no es así, recuerden las palabras de nuestro texto: “*¿Qué recompensa dará el hombre por su alma?*” ¿Piensan que la parte más noble del hombre, su alma inmortal, no debe tener parte de su cuidado, sus afanes y su trabajo? ¿Es correcto que la parte menos importante del hombre, su cuerpo, ocupe todo su tiempo y su cuidado? Si es así en su vida, el resultado será fatal. “*Si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis*” (Ro. 8:13).

¿Existe el peligro de perder el alma? Si lo creen, entonces tengan cuidado; velen y oren para que no pierden su alma. Recuerden que el pecado, el descuido y la incredulidad seguramente arruinarán el alma. Aunque la carne pide estas cosas, y a pesar de que tengan la mayoría del mundo a su lado, Dios ha dicho: “Porque el fin de estas cosas es la muerte” (ver Ro. 6:21).

Pero, ¿por qué perderán su alma? ¿Acaso no hay un Salvador, y un gran Redentor? Él vino del cielo con el fin de buscar y salvar lo que se había perdido. ¿Preguntas tú: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Responderemos con el apóstol Pablo: “*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa*” (Hechos

16:31). *“No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hch. 4:12). Él es el único Redentor de la ira venidera; ten cuidado de sólo confiar en Él. No dependas en tus asíllamado buenas obras. La virtud y la moralidad son cosas excelentes que promueven la paz y el bienestar de la sociedad, pero no son salvadores. El que confía en tales cosas se apoya en algo que caerá, y edifica su casa en la arena, y al final será miserablemente decepcionado. Por la gracia solamente son salvos los pecadores, y esto por la fe, la cual es un don de Dios. Muchas personas que se preocupan algo por el bienestar de su alma perecen por causa de su ignorancia de Cristo. Piensan que son personas morales y piadosas, y no dudan que Dios los vaya a aceptar así. Pero esto es un error fatal, y tales personas “morales” están en el mismo peligro que las personas más profanas. Esto es la pieza de tropiezo fatal para muchos. Que sepas, querido amigo: sólo Cristo puede salvar tu alma. Es necesario que Él nos sea hecho *“...sabiduría, justificación, santificación y redención”*. (1 Cor. 1:30). Corre a Él ahora mismo; si no quieres perder tu alma, pide a Él que la salve. Esto es Su oficio: Él es el Salvador. Es su delicia; Él desea mostrar gracia. Sus brazos abiertos están dispuestos a recibir al pecador temblando. *“Volveos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza”* (Zac. 9:12). Cree en él y serás salvo, para que puedas decir con el apóstol Pablo: *“Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”* (2 Tim. 1:12), es decir, el alma inmortal, con todas sus preocupaciones en cuanto al Día del Juicio.

Por último, ¿es cierto que todo el mundo no puede reemplazar la pérdida de alma? Sí, es cierto, así que pienses menos en el mundo y más en el alma. Aprende a pensar acerca del mundo como lo harías en tu lecho de muerte. Un hombre agonizante daría todo el mundo por su alma, mientras cuando gozaba de salud no pensaba en ello. Mientras puede hacer algo no hace nada, y cuando no puede hacer nada ya quiere hacer todo. ¡Qué extraño es esto! ¿Será que el hombre nunca aprenderá después de tantos ejemplos? Sé moderado en los asuntos de este mundo; sé diligente en los negocios, pero también sé diligente en las cosas espirituales. El tiempo es breve; la eternidad no tiene fin. Vive como si fuera para la eternidad. Ten compasión de tu alma, usando fervientemente los medios de la gracia. Si realmente valoras tu alma, también valoras el Día de Reposo, la Biblia, los sermones, la oración, y los amigos cristianos. Redime el tiempo. Escucha al Señor mientras que sea hoy, porque *“He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación”*. *“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, según su buena voluntad”* (Fil 2: 12, 13). Aún si la religión fuera algo doloroso y miserable sería necesario buscarlo para tu felicidad eterna. Sin embargo, el ser religioso significa ser feliz ahora y para siempre. Por otro lado, el hombre malo es miserable ahora y lo será para siempre. Así que te propongo una pregunta: *“¿Deseas tener un “anticipo” del cielo ahora y luego gozarlo para siempre, o desea tener un “anticipo” del infierno ahora y luego sufrirlo para siempre?”* ¿Quieres dos cielos o dos infiernos? Amén.